
Largo cuento del alma turca

[Hermann Tertsch](#)

Snow (Nieve)

Orhan Pamuk

Ed. Knopf, Nueva York, 2004

(en inglés)

Orhan Pamuk escribe, lee y medita en un piso en el barrio de Cihangir, no lejos de la torre Galata, junto al Cuerno de Oro, en el Estambul europeo que mira hacia Asia. Goza allí de una magnífica terraza, de vistas soberbias sobre el Bósforo y los bastiones orientales del palacio de Topkapi y de los cantos metálicos del altavoz de la mezquita vecina, por lo habitual la única interrupción que soporta en su trabajo. Las paredes están cubiertas de libros y, recorriendo con la vista sus lomos, parece hallarse allí toda la novela europea. En esta casa silenciosa se dan cita el Corán y Víctor Hugo, el muecín contiguo y el hanseático Thomas Mann, Cervantes y sus captores, cuentistas de Bagdad y Charles Dickens, Dürrenmatt y las madrazas, canciones turcas de amor y tramas sin dios de la literatura moderna europea. Allí, en el corazón de su Estambul natal, es donde Pamuk bucea en el alma turca y donde, con su extraordinaria fuerza narrativa, ha creado ya, a sus 48 años, una amplia obra que lo convierte en el escritor turco más internacional y en uno de los grandes de la literatura europea actual, del que pocos conocedores dudan habrá de ser quien lleve a las letras turcas su primer premio Nobel.

La publicación de la última novela de Pamuk (que acaba de editarse en inglés), *Nieve*, generó en Turquía una auténtica conmoción cultural y política. En pocas semanas batió récords de venta y soliviantó tanto a los guardianes tradicionalistas del islam como a los implacables defensores del laicismo *kemalista*, adoradores paradójicos de su mesías terrenal, Mustafá Kemal, Atatürk. *Nieve* es, como ya lo era su anterior y también magnífica novela *Mi nombre es Rojo*, una bellísima narración sobre el permanente viaje entre

dos mundos de la identidad turca, cuya mejor metáfora es Estambul. Si en *Mi nombre es Rojo*, el califa, máxima autoridad del islam, encarga allá en el siglo xvi la creación de talleres secretos para emular la pintura occidental renacentista en el arte de la miniatura, en *Nieve*, un joven poeta y periodista turco, educado, como el autor, en un entorno occidentalizado y cosmopolita de Estambul, se sumerge en la tenebrosa vida de una pequeña ciudad de la Anatolia oriental fronteriza con Armenia, bajo el triple yugo de religión, dictadura antirreligiosa y un pasado jamás ido.

El protagonista, llamado Ka –que no es el narrador aunque lo parezca, en lo que es uno de los muchos alardes de técnica narrativa de Pamuk en este libro–, que pone fin a un exilio de 12 años en Alemania para asistir al entierro de su madre en Estambul, viaja a la ciudad de Kars (*Kar* significa *nieve* en turco) para investigar una misteriosa ola de suicidios de mujeres jóvenes. Nieve intensamente a su llegada y poco después quedan cerradas todas las carreteras hacia el exterior. Ka queda atrapado por la *Kar* (*nieve*) en Kars, como el agrimensor Josef K de *El castillo* de Kafka en el tenebroso villorrio que sellará su destino.

Allí encuentra "bajo el velo" de la *nieve* un odio durmiente en un estado de precario equilibrio que él rompe con su presencia, su impertinente curiosidad y una desinhibición occidental que primero confunde a los lugareños y acaba siendo el detonante de trágicos eventos. Vetustos palacios rusos y ruinas armenias –el pasado culpable siempre presente–, la pobreza y las fuerzas en colisión por la aceleración de la historia que comienza a percibirse en este lejano rincón de la Turquía remota son el marco de este relato de inmensa fuerza en el que Ka, su amante Ipek, la hermana de ésta, Kadife, y otros personajes muy logrados buscan fórmulas de gestionar su desesperanza. Islamistas cada vez más asustados ante una procaz modernidad que apenas adivinan, militares obtusos y desasistidos, el omnipresente servicio secreto, kurdos perseguidos y permanentemente agraviados, mujeres siempre infelices pero cada vez menos aptas para la resignación, pueblan una ciudad fantasma en la que todos buscan desesperadamente algo de estabilidad en identidades turcas permanentemente cuestionadas.

El libro de Orhan Pamuk no es sólo, que es mucho, una de las grandes novelas europeas de la última década. Es, asimismo, una profunda

reflexión –trascendente, cabe decir– sobre la gran asignatura pendiente de la humanidad en estos veloces tiempos en los que convicciones, tradiciones y culturas entran en colisión y rompen sin cesar concepciones de vida, códigos en las relaciones humanas y certezas hasta hace poco garantes de estabilidad. Tras el hundimiento del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, Atatürk, el fundador de la república laica de Turquía, impuso con los contundentes métodos de la época una ruptura brutal con la tradición, cuya máxima expresión fue la introducción del alfabeto latino en detrimento del árabe y la militancia antirreligiosa del Estado y su principal garante, el Ejército. Durante casi 75 años, el *kemalismo*, erigido en culto incuestionable, combatió con dureza y éxito a ideólogos del islam, del comunismo y del separatismo.

Como Estado sucesor de un inmenso imperio cuyas fronteras se extendieron desde los aledaños de Viena hasta la Arabia profunda, la República de Atatürk impuso a sangre y fuego una identidad cuya vocación occidentalista no entraba entonces en conflicto con sus métodos. Así logró mantenerse legitimado por Occidente también después de 1945 gracias a la guerra fría. Acabada ésta en 1989, los vientos de democratización de la pasada década –vientos de Occidente– han roto definitivamente las reglas. El Ejército sabe que no podrá ya recurrir a sus antes habituales golpes de Estado, los islamistas hace tiempo que salieron ya de su privacidad y las catacumbas y las crecientes clases medias occidentalizadas de las ciudades exigen ciudadanía, libertades y eficacia.

En esta encrucijada histórica, el alma turca busca una estabilidad, más aún, una serenidad perdida como nación hace siglos cuando su imperio comenzó a quebrarse. En ese sentido, los paralelismos entre Turquía y España como vieja metrópoli en busca de identidad son evidentes. Como el viejo sultán de *Mi nombre es Rojo* quería introducir en su imperio la pintura renacentista y Atatürk el despotismo ilustrado, Turquía busca su salida, una vez más, mirando a Occidente, a Europa, donde durante siglos fue potencia protagonista. En una década, los avances democratizadores y la apertura a los valores occidentales han sido mayores que en las siete anteriores. Todas las fuerzas mayoritarias, incluidos los islamistas moderados hoy en el poder, quieren entrar en la Unión Europea y compartir sus valores y sus reglas. Ahora es la UE la que debe aprovechar

esta magnífica oportunidad para convertir a Turquía en el escaparate del progreso, la libertad y la democracia en el mundo musulmán. Todos los procesos de gran calado en países de tan larga historia y memoria generan tantos miedos y conflictos identitarios como esperanzas. El que actualmente está en marcha en Turquía es probablemente clave para el futuro de este país, de Europa y de Oriente Medio.

La gran novela de Orhan Pamuk es un gozoso instrumento para la comprensión de esa alma turca que se debate entre pasado y futuro en un presente trepidante. Ganarla para Europa nos abrirá oportunidades inmensas en la región, perderla supondría acercar aún más al corazón de Europa las trincheras de la frustración.

CRÍTICAS DE LOS LIBROS MÁS DESTACADOS PUBLICADOS EN EL MUNDO.

Largo cuento del alma turca. [Hermann Tertsch](#)

Snow (Nieve)

Orhan Pamuk

Ed. Knopf, Nueva York, 2004

(en inglés)

Orhan Pamuk escribe, lee y medita en un piso en el barrio de Cihangir, no lejos de la torre Galata, junto al Cuerno de Oro, en el Estambul europeo que mira hacia Asia. Goza allí de una magnífica terraza, de vistas soberbias sobre el Bósforo y los bastiones orientales del palacio de Topkapi y de los cantos metálicos del altavoz de la mezquita vecina, por lo habitual la única interrupción que soporta en su trabajo. Las paredes están cubiertas de libros y, recorriendo con la vista sus lomos, parece hallarse allí toda la novela europea. En esta casa silenciosa se dan cita el Corán y Víctor Hugo, el muecín contiguo y el hanseático Thomas Mann, Cervantes y sus captores, cuentistas de Bagdad y Charles Dickens, Dürrenmatt y las madrazas, canciones turcas de amor y tramas sin dios de la literatura moderna europea. Allí, en el corazón de su Estambul natal, es donde Pamuk bucea en el alma turca y donde, con su extraordinaria fuerza narrativa, ha creado ya, a sus 48 años, una amplia obra que lo convierte en el escritor turco más internacional y en uno de los grandes de la literatura europea actual, del que pocos conocedores

dudan habrá de ser quien lleve a las letras turcas su primer premio Nobel.

La publicación de la última novela de Pamuk (que acaba de editarse en inglés), *Nieve*, generó en Turquía una auténtica conmoción cultural y política. En pocas semanas batió récords de venta y soliviantó tanto a los guardianes tradicionalistas del islam como a los implacables defensores del laicismo *kemalista*, adoradores paradójicos de su mesías terrenal, Mustafá Kemal, Atatürk. *Nieve* es, como ya lo era su anterior y también magnífica novela *Mi nombre es Rojo*, una bellísima narración sobre el permanente viaje entre dos mundos de la identidad turca, cuya mejor metáfora es Estambul. Si en *Mi nombre es Rojo*, el califa, máxima autoridad del islam, encarga allá en el siglo xvi la creación de talleres secretos para emular la pintura occidental renacentista en el arte de la miniatura, en *Nieve*, un joven poeta y periodista turco, educado, como el autor, en un entorno occidentalizado y cosmopolita de Estambul, se sumerge en la tenebrosa vida de una pequeña ciudad de la Anatolia oriental fronteriza con Armenia, bajo el triple yugo de religión, dictadura antirreligiosa y un pasado jamás ido. El protagonista, llamado Ka –que no es el narrador aunque lo parezca, en lo que es uno de los muchos alardes de técnica narrativa de Pamuk en este libro–, que pone fin a un exilio de 12 años en Alemania para asistir al entierro de su madre en Estambul, viaja a la ciudad de Kars (*Kar* significa *nieve* en turco) para investigar una misteriosa ola de suicidios de mujeres jóvenes. Nieve intensamente a su llegada y poco después quedan cerradas todas las carreteras hacia el exterior. Ka queda atrapado por la *Kar* (*nieve*) en Kars, como el agrimensor Josef K de *El castillo* de Kafka en el tenebroso villorrio que sellará su destino.

Allí encuentra "bajo el velo" de la *nieve* un odio durmiente en un estado de precario equilibrio que él rompe con su presencia, su impertinente curiosidad y una desinhibición occidental que primero confunde a los lugareños y acaba siendo el detonante de trágicos eventos. Vetustos palacios rusos y ruinas armenias –el pasado culpable siempre presente–, la pobreza y las fuerzas en colisión por la aceleración de la historia que comienza a percibirse en este lejano rincón de la Turquía remota son el marco de este relato de inmensa fuerza en el que

Ka, su amante Ipek, la hermana de ésta, Kadife, y otros personajes muy logrados buscan fórmulas de gestionar su desesperanza. Islamistas cada vez más asustados ante una procaz modernidad que apenas adivinan, militares obtusos y desasistidos, el omnipresente servicio secreto, kurdos perseguidos y permanentemente agraviados, mujeres siempre infelices pero cada vez menos aptas para la resignación, pueblan una ciudad fantasma en la que todos buscan desesperadamente algo de estabilidad en identidades turcas permanentemente cuestionadas.

El libro de Orhan Pamuk no es sólo, que es mucho, una de las grandes novelas europeas de la última década. Es, asimismo, una profunda reflexión –trascendente, cabe decir– sobre la gran asignatura pendiente de la humanidad en estos veloces tiempos en los que convicciones, tradiciones y culturas entran en colisión y rompen sin cesar concepciones de vida, códigos en las relaciones humanas y certezas hasta hace poco garantes de estabilidad. Tras el hundimiento del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, Atatürk, el fundador de la república laica de Turquía, impuso con los contundentes métodos de la época una ruptura brutal con la tradición, cuya máxima expresión fue la introducción del alfabeto latino en detrimento del árabe y la militancia antirreligiosa del Estado y su principal garante, el Ejército. Durante casi 75 años, el *kemalismo*, erigido en culto incuestionable, combatió con dureza y éxito a ideólogos del islam, del comunismo y del separatismo.

Como Estado sucesor de un inmenso imperio cuyas fronteras se extendieron desde los alrededores de Viena hasta la Arabia profunda, la República de Atatürk impuso a sangre y fuego una identidad cuya vocación occidentalista no entraba entonces en conflicto con sus métodos. Así logró mantenerse legitimado por Occidente también después de 1945 gracias a la guerra fría. Acabada ésta en 1989, los vientos de democratización de la pasada década –vientos de Occidente– han roto definitivamente las reglas. El Ejército sabe que no podrá ya recurrir a sus antes habituales golpes de Estado, los islamistas hace tiempo que salieron ya de su privacidad y las catacumbas y las crecientes clases medias occidentalizadas de las ciudades exigen ciudadanía, libertades y eficacia.

En esta encrucijada histórica, el alma turca busca una estabilidad, más aún, una serenidad perdida como nación hace siglos

cuando su imperio comenzó a quebrarse. En ese sentido, los paralelismos entre Turquía y España como vieja metrópoli en busca de identidad son evidentes. Como el viejo sultán de *Mi nombre es Rojo* quería introducir en su imperio la pintura renacentista y Atatürk el despotismo ilustrado, Turquía busca su salida, una vez más, mirando a Occidente, a Europa, donde durante siglos fue potencia protagonista. En una década, los avances democratizadores y la apertura a los valores occidentales han sido mayores que en las siete anteriores. Todas las fuerzas mayoritarias, incluidos los islamistas moderados hoy en el poder, quieren entrar en la Unión Europea y compartir sus valores y sus reglas. Ahora es la UE la que debe aprovechar esta magnífica oportunidad para convertir a Turquía en el escaparate del progreso, la libertad y la democracia en el mundo musulmán. Todos los procesos de gran calado en países de tan larga historia y memoria generan tantos miedos y conflictos identitarios como esperanzas. El que actualmente está en marcha en Turquía es probablemente clave para el futuro de este país, de Europa y de Oriente Medio.

La gran novela de Orhan Pamuk es un gozoso instrumento para la comprensión de esa alma turca que se debate entre pasado y futuro en un presente trepidante. Ganarla para Europa nos abrirá oportunidades inmensas en la región, perderla supondría acercar aún más al corazón de Europa las trincheras de la frustración.

Hermann Tertsch es periodista y escritor.

Autor de *La venganza de la historia* (Aguilar, 1999) y las novelas *La acuarela* (Anaya & Mario Muchnik, 1997) y *Cita en Varsovia* (Nuevas ediciones de Bolsillo, 2000).

Fecha de creación

10 septiembre, 2007